

tria cobró gran impulso y esto hizo progresar el comercio; se amplió el mercado y se incorporaron nuevos territorios al imperio, tales como la India y partes de Oceanía y muchas islas que aseguraban puntos estratégicos para el dominio de las rutas marítimas. Se realizaron reformas electorales: en 1867 se concedió el derecho al sufragio a la pequeña burguesía y a los obreros especializados y este se extendió en 1880 a los pequeños propietarios rurales. Los obreros se agruparon en sindicatos que fueron reconocidos oficialmente. La sociedad victoriana se caracterizó por una gran rigidez moral que, en muchos casos, se redujo a una mera apariencia de costumbres virtuosas.

El constante progreso material de este siglo generó en la burguesía europea un gran optimismo y una creciente confianza en que ese progreso sería indefinido. Hacia fines de siglo, Europa "danzaba sobre un barril de pólvora" (como se dice coloquialmente): era la *Belle Époque*, época lujosa y despreocupada para muchos, pero crítica en más de un aspecto para otros.

En esa Inglaterra de la Segunda Revolución Industrial y de la era victoriana desarrolló J. S. Mill sus ideas. En su obra *Utilitarismo* dice que la pregunta clave de la Ética desde sus comienzos ha sido la que se refiere a cuál es el sumo bien, ya que parecería que toda acción tiende a un fin y que esta cadena de fines se justifica por la existencia de un último fin –el sumo bien–, al cual los otros se subordinan.

Así como toda ciencia se apoya sobre ciertos principios, en Ética deberá ocurrir lo mismo. La diferencia residirá en que en las ciencias experimentales se comienza por observar la realidad y al final se llega a los principios –J. S. Mill es inductivista– mientras que en Ética es indispensable formularlos desde el comienzo. El principio básico que elige como fundamento de la moral es el de *mayor felicidad*, según el cual:

*"(...) las acciones son justas en la proporción en que tienden a promover la felicidad e injustas en cuanto tienden a producir lo contrario de la felicidad. Se entiende por felicidad el placer y la ausencia de dolor; por infelicidad, el dolor y la ausencia de placer. (...) El placer y la exención de dolor son las únicas cosas deseables como fines, y (...) todas las cosas deseables (...) [lo son] por el placer inherente a ellas mismas o como medios para la promoción del placer y la prevención del dolor."*⁴¹

Pero esta teoría ha suscitado diversas objeciones. La primera de ellas es que "suponer que la vida no tiene un fin más elevado que el placer –un objeto de deseo y persecución más noble y mejor– es un egoísmo y una vileza, una doctrina sólo digna de cerdos"⁴². Mill expone esta idea para responder que la acusación se basa sobre un supuesto que es necesario explicitar: si los cerdos encontraran placeras las mismas cosas que los hombres, entonces las normas de vida de los unos deberían ser iguales a las de los otros. Pero ¿por qué esto debe ser así? Parecería que el hombre es capaz de placeres más elevados en la medida en que tiene también facultades más elevadas y que una vez que ha tomado conciencia de ellas ya no se satisfará con aquello que pueda satisfacer sus instintos animales. Así, si se puede afirmar que hay placeres más elevados que otros, esto torna a los primeros más deseables y valiosos que los segundos.

41 J. S. MILL, op. cit., pág. 10. Traducción de M. Frassinetti de Gallo.

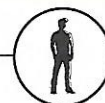
42 J. S. MILL, op. cit., pág. 11.

○ ACTIVIDAD INDIVIDUAL

29. Ubiquen la teoría ética a la que J. S. Mill está haciendo referencia cuando dice que *"parecería que toda acción tiende a un fin y que esta cadena de fines se justifica por la existencia de un último fin –el sumo bien–, al cual los otros se subordinan"* y fundamenten su respuesta con alguna cita textual de la misma.

30. La acusación de los opositores al utilita-

rismo que cita J. S. Mill está dirigida a un filósofo de la Antigüedad que ya se estudió antes. Ubiquen de quién se trata y digan si la defensa que hace del placer J. S. Mill es similar a la de ese filósofo o si, por el contrario, propone un planteo diferente. Justifiquen la respuesta.



¿Cómo se puede jerarquizar a los placeres? J. S. Mill propone un criterio: si de dos placeres, A y B, conocidos adecuadamente por el sujeto, este coloca a A tan por encima de B que lo prefiere aun cuando la cantidad de B sea mayor que la de A, A resultará cualitativamente superior. Para dar un ejemplo, si puedo elegir entre ir a un banquete que tendrá lugar entre las 12.00 y las 15.00 de un sábado en el que sé que dispondré de una abundantísima comida (B) y un concierto que dura solo una hora –de 13.00 a 14.00– del mismo sábado, en el que cantará Plácido Domingo (A), la elección de la segunda posibilidad marcará su superioridad cualitativa. Añade Mill:

*"Ahora bien, es un hecho incuestionable que quienes tienen un conocimiento igual y una capacidad igual de apreciar y gozar, dan una marcada preferencia al modo de existencia que emplea sus facultades superiores. Pocas criaturas humanas consentirían en que se las convirtiera en alguno de los animales inferiores, a cambio de un goce total de todos los placeres bestiales; ningún ser humano inteligente consentiría en ser un tonto y ninguna persona instruida en ser ignorante, ninguna persona con sentimiento y conciencia en ser egoísta e infame; ni siquiera se los podría persuadir de que el estúpido o el bellaco están más satisfechos con su suerte que ellos con la suya (...)."*⁴³

J. S. Mill reconoce que, así como un hombre de facultades más elevadas necesita más para ser feliz, también será capaz de sufrir más agudamente –es probable que sienta más remordimientos si daña a los otros, será más consciente de la muerte que acecha a sus seres queridos y a él mismo, de los sufrimientos corporales que puede implicar un síntoma casi insignificante, etc.–. Pero hay algo, que es el sentido de dignidad, que llevará a cualquier hombre que tenga acceso a los placeres más elevados a rechazar una existencia de un nivel inferior, digna de animales.

*"Es indiscutible que los seres cuya capacidad de gozar es baja tienen mayores probabilidades de satisfacerla totalmente; y un ser que está dotado en grado superior siempre sentirá que, tal como está constituido el mundo, toda la felicidad a que puede aspirar será imperfecta, pero puede aprender a soportar sus imperfecciones (...). Es mejor ser un hombre insatisfecho que un cerdo satisfecho; es mejor ser Sócrates insatisfecho que un tonto satisfecho. Y si el tonto o el cerdo son de distinta opinión es porque solo conocen su propio lado de la cuestión. El otro extremo de la comparación conoce ambos lados."*⁴⁴

43 J. S. MILL, op. cit., pp. 12-13.

44 J. S. MILL, op. cit., pp. 13-14.

J. S. Mill rechaza la objeción de que ciertas personas que son capaces de placeres superiores a veces lo posponen a los inferiores porque se tientan ante estos últimos. Sostiene que, por el contrario, si eligen de esa manera es porque ya se han incapacitado para disfrutar de los primeros. El ser humano sería, entonces, como una planta muy tierna; así como ésta puede secarse por falta de nutrición, la capacidad para experimentar sentimientos nobles puede estar atenuada en una persona por influencias negativas, por encontrarse en un medio poco propicio para su desarrollo espiritual o por recibir educación insuficiente.

Pero hay otros argumentos en contra de esa teoría que Mill analiza por separado:

1º) La felicidad no puede ser un objetivo de la vida y de la acción humana y quizá ni siquiera el hombre tiene derecho a ser feliz.

2º) No solo se puede obrar sin felicidad, experiencia que han tenido todos los seres humanos alguna vez, sino que, además, no se puede llegar a ser noble si no se aprende la lección de la renunciación, que es la condición misma de la virtud.

Y el filósofo responde así al primer argumento:

*"La primera de estas objeciones llegaría hasta las raíces de la cuestión si estuviera bien fundada, porque, si los seres humanos no han de poseer felicidad alguna, su consecución no puede ser el fin de la moralidad ni de la conducta racional. Sin embargo, aun en este caso podría decirse algo a favor de la teoría utilitarista. En efecto, la utilidad no solo incluye la búsqueda de la felicidad, sino también la prevención o mitigación de la desgracia; y si la primera es quimérica, quedará el gran objetivo y la necesidad imperativa de evitar la segunda (...). Sin embargo, cuando se afirma absolutamente la imposibilidad de la felicidad humana, este aserto, si no es una especie de sutileza verbal, es, al menos, una exageración."*⁴⁵

Es necesario, en primer término, aclarar qué se entiende por *felicidad*. Si se la identifica con un placer exaltado es obvio que no puede darse en forma ininterrumpida, pero en realidad cuando se ha hablado de la vida feliz siempre se ha pensado en aquella vida en la que los placeres activos se alternan con los pasivos, es decir, en la que los momentos de exaltación preceden y suceden a momentos de tranquilidad y en la cual los dolores son escasos y transitorios. Entendida de esta manera –y añadiendo que no hay que esperar de la vida más de lo que esta puede dar– queda claro que la felicidad no es inalcanzable.

Sin embargo, J. S. Mill se anticipa a un posible comentario despectivo de sus oponentes ("*¡Vaya idea modesta de la felicidad!*") y responde que, si sus interlocutores encuentran que una vida así es insípida, esto se debe a otras razones. Una de ellas es el *egoísmo*: las personas que no se preocupan por otros ni por la sociedad en que viven, cuando envejecen, van perdiendo interés por lo que las rodea, mientras que aquellos que sienten afecto por otros y se interesan por la sociedad a la que pertenecen conservan las mismas ganas de seguir viviendo de cuando eran jóvenes. Otra razón de peso es la *falta de cultivo intelectual*: cuando no se sabe apreciar ni la naturaleza ni el arte, cuando no se tiene curiosidad científica, cuando no se sabe disfrutar de una buena lectura, la vida se empobrece notoriamente.

45 J. S. MILL, op. cit., pág. 17.

Mill añade estas reflexiones:

*"En un mundo en que hay tanto de interesante, tanto que gozar, y también tanto que corregir y mejorar, todo el que posea (una) moderada cantidad de moral y de requisitos intelectuales es capaz de una existencia que puede llamarse envidiable; a menos que esa persona, por malas leyes o por sujeción a la voluntad de otros, sea despojada de la libertad para usar de las fuentes de la felicidad a su alcance, no dejará de encontrar envidiable esa existencia, si escapa a las maldades positivas de la vida, a las grandes fuentes de sufrimiento físico y mental."*⁴⁶



ACTIVIDAD GRUPAL

9. Trabajando en grupos de tres o cuatro, traten de encontrar en la exposición anterior de J. S. Mill los elementos que reconozcan de otras teorías y explícitenlos.

10. Dentro del grupo, analicen y discutan el planteo de Mill que aparece en los últimos

párrafos a la luz de nuestra situación actual, en que la lectura cada vez se valoriza menos, los medios de comunicación masivos envían a menudo mensajes de dudosa calidad y hay un difundido temor al compromiso sociopolítico.



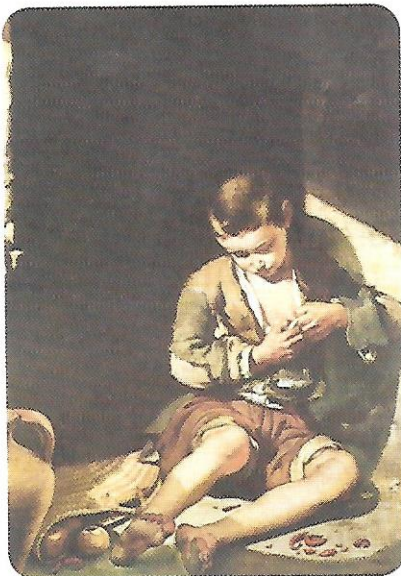
Las grandes calamidades que acechan a la humanidad, según J. S. Mill, son fundamentalmente tres: *ignorancia, enfermedad y pobreza extrema*. Pero el filósofo se manifiesta optimista al respecto. La ignorancia deberá combatirse con la difusión de la *educación* –una educación que no sólo deberá apuntar a lo intelectual sino también al desarrollo de la sensibilidad estética y del recto juicio moral–. La enfermedad deberá combatirse con el desarrollo de la *medicina* y las ciencias que a ella confluyen y la pobreza extrema con una *legislación adecuada* que permita proteger a los que menos tienen y alcanzar alguna forma de justicia social. En palabras de J. S. Mill:

*"Ninguno cuya opinión merezca una atención momentánea puede dudar de que los mayores males del mundo son de suyo evitables, y si los asuntos humanos siguen mejorando, quedarán encerrados al final dentro de estrechos límites. La pobreza, en cualquier sentido que implique sufrimiento, podrá ser completamente extinguida por la sabiduría de la sociedad, combinada con el buen sentido y la prudencia de los individuos. Incluso el más obstinado de los enemigos, la enfermedad, podrá ser reducida indefinidamente con una buena educación física y moral, y un control apropiado de las influencias nocivas. Así ha de ser mientras los progresos de la ciencia ofrezcan para el futuro la promesa de nuevas conquistas dirigidas contra este detestable enemigo (...)."*⁴⁷

En resumen, todas las grandes causas del sufrimiento humano pueden contrarrestarse considerablemente, y muchas casi enteramente, con el cuidado y el esfuerzo del hombre. Su eliminación es tristemente lenta; una larga serie de generaciones perecerá en la brecha antes de que se complete la conquista y se convierta

46 J. S. MILL, op. cit., pág. 19.

47 J. S. MILL, op. cit., pág. 20.



este mundo en lo que fácilmente podrá ser si la voluntad y el conocimiento no faltan. Sin embargo, "(...) todo hombre lo bastante inteligente y generoso para aportar a la empresa su esfuerzo, por pequeño e insignificante que sea, obtendrá de la lucha misma un noble goce que no estará dispuesto a vender por ningún placer egoísta."⁴⁸

El cuadro de Murillo (pintor español del siglo XVII) *Niño mendigo* muestra con patetismo uno de los grandes males sociales a los que hará referencia J. S. Mill: la pobreza extrema.

○ ACTIVIDAD INDIVIDUAL

31. Relacionen la posición de J. S. Mill respecto de los grandes males de la sociedad (y sus posibles remedios) con los planteos propios de su época y señalen cuáles son las ideas directrices del siglo XIX que aquí se dan por supuestas.

32. ¿Consideran ustedes que esas "grandes causas del sufrimiento humano" que señala J. S. Mill se han ido contrarrestando a lo largo del siglo XX, como suponía el filósofo? Justifiquen la respuesta.



El filósofo responde a continuación a la segunda objeción que le había sido formulada:

*"Inquestionablemente, es posible obrar sin ser feliz; lo hace involuntariamente el noventa por ciento de los hombres, aun en aquellas partes del mundo que están menos sumidas en la barbarie. Suelen hacerlo voluntariamente el héroe o el mártir, en aras de algo que aprecian más que su felicidad personal. Pero este algo, ¿qué es, sino la felicidad de los demás, o alguno de los requisitos de la felicidad? Es noble la capacidad de renunciar a la propia felicidad o a sus posibilidades pero, después de todo, este sacrificio debe hacerse por algún fin."*⁴⁹

J. S. Mill se pregunta si el héroe y el mártir se sacrificarían de igual modo en caso de creer que su sacrificio es totalmente inútil. Y añade que la renuncia a la propia felicidad –se supone que para hacer más felices a otros– es muy noble pero solo porque el mundo es imperfecto. Así, el utilitarista reconoce el valor del sacrificio de la propia felicidad pero solo ligado a la obtención de la felicidad ajena.

J. S. Mill responde más adelante a aquellos que le objetan, por el contrario, que la ética utilitarista es demasiado exigente, ya que es excesivo pedirle a la gente cuan-

48 J. S. MILL, op. cit., loc. cit.

49 J. S. MILL, op. cit., pp. 20-21.

do actúa que se preocupe por promover la felicidad general. Aquí el filósofo advierte que es posible actuar con motivos egoístas y que eso no lo condena el utilitarismo, siempre y cuando el acto tenga que ver con la felicidad de otros. Por ejemplo, aquel que salva al que se está ahogando está actuando bien, ya sea que lo haga por deber o porque espera que le paguen por su molestia; lo único que variará de un caso a otro es nuestra estimación moral del sujeto que actúa. Finalmente, Mill rechaza la acusación de que la suya es una doctrina atea, sosteniendo que, si es una creencia verdadera que Dios quiere por sobre todas las cosas la felicidad de sus criaturas, el utilitarismo no solo no es una doctrina atea sino que es profundamente religiosa.

Para sintetizar su posición, J. S. Mill dice lo siguiente:

*"En la norma áurea de Jesús de Nazaret, leemos todo el espíritu de la ética utilitarista: 'Haz como querrías que hicieran contigo y ama a tu prójimo como a ti mismo'. En esto consiste el ideal de perfección de la moral utilitarista. Como medios para conseguir la más exacta aproximación a este ideal, el utilitarismo exigiría lo siguiente: primero, que las leyes y disposiciones sociales colocaran la felicidad o (como prácticamente podemos llamarla) el interés de cada individuo del modo más aproximado, en armonía con el interés común; segundo, que la educación y la opinión, que tan vasto poder tienen sobre el carácter humano, usaran su poder para establecer en la mente de cada individuo una asociación indisoluble entre su propia felicidad y el bien de todos; especialmente entre su propia felicidad y la práctica de aquellos modos de conducta, positiva y negativa, que la consideración de la felicidad universal prescribe. Así, el individuo no solo sería incapaz de concebir su felicidad en oposición con el bien general, sino que uno de los motivos de acción habituales en él sería el impulso a promover directamente el bien general. Además, los sentimientos correspondientes ocuparían un lugar preeminente en la existencia autoconsciente de todo ser humano."*⁵⁰

A continuación transcribiremos algunas críticas dirigidas al utilitarismo por el Prof. A. Mac Intyre en *Historia de la Ética*:

1. *"Cuando la felicidad recibe el sentido amplio e indiferenciado que le da Mill, el mandato 'busca la felicidad' se reduce meramente a 'trata de alcanzar lo que deseas', mandato vacío que no dice nada respecto de objetos rivales del deseo o deseos excluyentes o antagónicos."*

2. *"El concepto de mayor felicidad para el mayor número puede ser usado para defender cualquier sociedad paternalista o totalitaria, en que el precio de la felicidad es la libertad de los individuos para efectuar sus propias opciones en esa sociedad."*

3. *"El concepto de felicidad pública indudablemente tiene aplicación legítima en una sociedad en que el consenso es que aquella consiste en más y mejores hospitales y colegios; pero ¿qué aplicación tiene en una sociedad donde hay acuerdo general con respecto a que la felicidad común se encuentra en el asesinato en masa de los judíos?"*⁵¹

50 J. S. MILL, op. cit., pp. 22-23.

51 A. MAC INTYRE, op. cit., pp. 229-230.